

*Seduciendo a*

**EROS**

**Adrian Blake**



**Seduciendo a**

**EROS**

**Adrian Blake**



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso por escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2018

Título original: Seduciendo a Eros

Adrian Blake© 2018

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

# Capítulo 1

Odio el día de San Valentín. Lo odio con toda mis fuerzas. Mis queridos progenitores me sentenciaron a llevar el resto de mi vida el ridículo nombre de Eros. Sí, como ese angelito capullo que va por ahí en pelotas jodiendo a la humanidad clavándole sus puntiagudas flechas. Pues ese soy yo... al menos en nombre. Creo que sobra decir que fui el hazmerreír en el colegio gracias a esto, no digamos ya en el instituto. Al principio me lo tomaba con resignación, sonreía a las bromas de mis compañeros y esperaba pasar el día lo mejor que podía... a fin de cuentas solo era un puñetero día. Cuando llegué a la universidad... le eché los dientes abajo al primer pardillo que intentó reírse de mi nombre, y asunto zanjado.

Trabajo como profesor de bioquímica en la universidad de Harvard, en Boston, y mañana tengo que participar en un debate respecto a este jodido tema. “Amor: ¿Emoción o reacción química?”. No sé si reír o llorar, pero por ser el profesor de bioquímica me ha tocado a mí el mochuelo. Va a venir una psicóloga de no sé dónde para enfrentarse a mí respecto al tema, y aunque no tengo ni puñetera gana, y he protestado lo que no hay en los escritos para que la decana me libre de esta tortura, tengo que aparecer. Sí, el profesor Eros Montgomery tiene que debatir sobre el amor el día de San Valentín. Toda una jugarreta del karma.

Pero hoy no pienso preocuparme por nada. Hoy es mi día libre, y estoy en un bar tomándome tranquilamente una cerveza mientras espero que mi cuñado se digne a aparecer. Ya llega veinte minutos tarde, y si dentro de diez

más no ha llegado, me iré a casa. Apuesto a que mi hermana le ha terminado convenciendo para que se quede en casa vigilando con ella a ese par de demonios del inframundo al que ellos llaman hijos, así que me termino la copa de un trago y me doy la vuelta, dispuesto a marcharme. Pero una visión aparece delante de mis ojos como por arte de magia. Si yo soy Eros, ella debe ser Afrodita, la diosa de la belleza, porque está para comérsela. Cabello rizado color miel que le llega por la espalda, ojos verdes, boca almendrada y carnosa, y unas curvas en las que de buena gana me perdería durante toda la noche.

La mujer en cuestión se sienta a mi lado y, con una sonrisa, le pide al camarero una copa: un Martini con tres aceitunas. La observo detenidamente, deleitándome en el movimiento de sus labios sobre una de las aceitunas, imaginando esos rojos y carnosos labios rodeando otra cosa mucho más excitante y divertida: mi polla. Solo de pensarlo, mi amiga incondicional empieza a crecer dentro de mis vaqueros, pero soy incapaz de dejar de mirarla.

Ella me mira de reojo, y al darse cuenta de mi escrutinio, sonrío y se vuelve hacia mí, cruzando las piernas y dejándome casi ver su sexo... casi.

—¿Nos conocemos? —pregunta sin apartar el palillo de las aceitunas de su boca.

—En absoluto.

—¿Y por qué me miras tanto? —Su curiosidad es evidente, y me está poniendo cachondo.

—¿Acaso es un crimen mirar a las mujeres bonitas?

—Lo es si no te dignas a dirigirles la palabra.

—Esta mujer en cuestión se me ha adelantado.

—¿Quién eres? —pregunta divertida— ¿Acaso eres Lucifer, y vienes a pervertirme?

—Mucho mejor que eso. Soy Eros, el angelito de la seducción.

—Mmm... tú no tienes nada de celestial. De infernal tal vez, ¿pero de ángel? Ni el nombre.

—Cuando quieras te demuestro lo celestial que puede llegar a ser estar conmigo, pequeña.

—¡Guau! No te hace falta abuela, ¿eh, machote?

—No estoy fardando, te lo aseguro.

—¿Y quién me dice que no eres un asesino en serie que está buscando su próxima víctima?

—No lo sabrás si no te arriesgas.

—No sé... aún soy muy joven para morir descuartizada.

—Mi apariencia real es la de un angelito en pañales armado con un arco que dispara corazones... —bromeo— ¿Qué tiene eso de peligroso?

—Tendrás que convencerme. Y te aseguro que soy muy dura.

—No conoces los trucos de Eros.

Me levanto de la silla y me acerco a la vieja máquina de discos que hay en un lado del local. Pongo una lenta, ni siquiera sé cómo se llama, pero es la favorita de mi hermana, así que me servirá. Me acerco a ella y le tiendo la mano, esperando que la tome, pero en vez de eso apoya la cabeza sobre su mano y me mira sonriente.

—¿Vas a tenerme mucho rato así? —pregunto divertido.

—Yo no bailo nunca. Tengo dos pies izquierdos.

—Nadie es tan malo. Además, para lo que tengo en mente no me hace falta que bailes bien.

Ella accede a regañadientes, y cuando estoy en la pista de baile improvisada entre unas mesas apartadas, la pego a mi cuerpo y empiezo a moverme despacio. Siento su aliento en mi cuello, y sé que ella está notando el mío en contacto con su oreja. El vello de su nuca se eriza, puedo verlo

debajo de la cola de caballo en la que lleva recogida el pelo, y su pulso late con fuerza en su cuello.

—¿Nerviosa? —susurro en su piel.

—Ni lo más mínimo.

—Vaya, casi logras engañarme.

—Soy buena en descifrar a la gente, y sin embargo, contigo no logro hacerlo. Vamos, cuéntame tu secreto.

—Solo soy un hombre bailando con una mujer, no creo que tengas que darle demasiadas vueltas a eso.

—*Carpe Diem*, ¿no es así?

—Justamente así.

Rozo sus labios con los míos un segundo, y me quedo parado a un milímetro de su boca esperando que reaccione, pero ella sonríe y se aparta retándome con la mirada. Recorro sus labios con la lengua tan despacio que siento su temblor, pero ella no hace ningún movimiento al respecto. Me vuelve loco que me rete de esa manera, pero no pienso ceder, así que vuelvo a mi posición inicial, con la boca pegada a su cuello, y continúo bailando. Mis caderas se rozan con las suyas, y siento sus piernas temblar cada vez que mi polla roza su muslo. Está cachonda, puedo notarlo en sus pupilas dilatadas, en su respiración errática, en el sudor que surge de repente sobre su labio superior. Mi presa está a punto de caramelo, y solo tengo que decir dos palabras en su oído para que acceda a seguirme hasta mi casa para follar toda la noche como conejos.

—Quiero follarte —ronroneo entonces.

—Ya estás tardando.

La arrastro de la mano hasta la salida, le abro la puerta del copiloto de mi coche y corro hasta ponerme al volante. Quiero follármela toda la noche, pero quiero hacerlo ya, así que pongo mi coche a toda velocidad y cruzo las

calles de la ciudad como si me persiguiese el mismísimo diablo para quitarme a mi presa de las manos. En cuanto entramos en la cochera, ella sale del coche y la intercepto contra la columna de mi plaza. Hundo la lengua en su boca una, dos veces, y mis manos aprietan su culo contra mi cuerpo para sentir su sexo presionando mi polla, que ya está erecta dentro de mis pantalones. Introduzco una mano debajo de su falda para comprobar con un gemido que no lleva ropa interior.

—¿Qué mujer decente va a un bar sin ropa interior? —pregunto.

—¿Y quién dice que yo sea decente?

—Así que ibas buscando plan, ¿eh, preciosa?

—Así es, y te encontré a ti. ¿Vas a follarme de una vez o voy a tener que buscarme a otro que satisfaga mis deseos?

—Tus deseos son órdenes para mí, gatita. Aquí y ahora.

Me desabrocho el pantalón y aparto los bóxers lo suficiente para dejar salir mi polla de su confinamiento. Aún no está del todo dura, pero en cuando la restriego un par de veces por el coño de mi víctima, empieza a corcovear buscando alivio. Saco del bolsillo trasero de mi pantalón un preservativo, rasgo el envoltorio con los dientes, y tras ponérmelo, levanto a la chica en peso, que enreda las piernas en mi cintura, y entro en ella centímetro a centímetro. Cualquiera puede vernos, estamos justo en mitad de la cochera apoyados en una jodida columna, pero me importa una mierda que me pillen. Y parece que a ella le ocurre lo mismo.

Comienzo a moverme lentamente, girando las caderas para disfrutar de sus gritos de placer. Me pone a mil que grite, es la primera vez que una mujer es tan efusiva en mis brazos, pero qué cojones, debe estar pasándoselo en grande para gritar de esa manera. Siento sus paredes vaginales contraerse alrededor de mi polla, y sus uñas de manicura francesa están haciendo estragos en mis hombros. Su boca entreabierta deja salir el aire, sus ojos

cerrados no pueden ver la cara de satisfacción que tengo en este momento, pero no quiero que se corra aún... ni por asomo.

Salgo de ella y la siento en la fría chapa del capó de mi coche con las piernas abiertas. Ella sisea ante el contacto del metal contra sus pliegues, pero se tumba y eleva las caderas para dejar su precioso coño depilado a la altura exacta para que pueda lamerla. Lo desea... veo sus flujos caer por sus pliegues, y sus muslos se tensan cuando ve que me acerco lentamente hasta su sexo. La primera pasada de mi lengua le arranca un gemido, la segunda la hace gritar de nuevo, y en cuanto el ritmo se vuelve rápido y certero, sus manos se enredan en mi pelo, impidiéndome apartarme de allí. Lamo, chupo su clítoris hinchado, lo atrapo entre mis dientes para soltarlo lentamente. Ella se retuerce, su culo se restriega contra el metal, sus muslos me atrapan con fuerza, y se tensa cuando el orgasmo casi la recorre... casi.

Me aparto de inmediato y me bajo de nuevo los pantalones. Me acerco al borde del coche, me quito el preservativo y le ordeno con una señal que me coma la polla, y ella obedece con una sonrisa, poniéndose a cuatro patas y pegando sus enormes tetas al metal. A cada embestida de mi polla, sus tetas se rozan con el coche, y ella gime como si la estuviera follando de verdad. Una de sus manos se esconde bajo su cuerpo y se hunde entre sus pliegues para masturbarse ella misma, pero sin descuidarme a mí. Cuando su boca me engulle, su mano libre acaricia mis huevos, y si lame mis bolas, su mano me masturba como la más experta prostituta. Estoy empezando a pensar que ella es la diosa de la lujuria, porque me está haciendo perder la cabeza por completo. Cuando creo que estoy a punto de estallar, la aparto de mí y le doy la vuelta para poder follármela de nuevo, esta vez de espaldas. Puedo ver su delicioso coño abierto recibíndome dispuesto, y la bajo del coche para ponerla a una altura decente y poder enterrarme en ella sin tener que hacer demasiados malabares. Estoy tan cachondo que la vista se me nubla, y solo

puedo ver el cuerpo de mi diosa saliéndome al encuentro de cada embestida. Su sexo me engulle, me aprieta, me estruja como si necesitase todo de mí, y mis caderas se mueven con frenesí para alcanzar el orgasmo que se me escapa de los dedos.

Cuando ella acerca la mano a mis bolas, llega mi perdición. Las masajea entre los dedos, y entre el miedo a que las retuerza y la excitación del momento, eyaculo recorrido por un orgasmo devastador. Permanezco un segundo en el sitio, sin moverme, sin abrir los ojos, intentando recuperar el aliento, y cuando consigo recuperar la compostura, veo a esa diablilla que me ha interceptado en el bar mirándome con una sonrisa por encima del hombro.

—Se suponía que íbamos a llegar a tu apartamento —bromea.

—Estamos en ello —contesto.

—Acabamos de follar en el aparcamiento...

Yo sonrío cerrando los ojos y me aparto de ella para recomponerme la ropa.

—¿Y quién dice que ya hemos terminado?

Tiro de ella hacia mi casa. Puede que mañana sea un día de mierda, puede que esa condenada sicóloga termine con mi paciencia, pero esta noche va a ser cojonuda, y no pienso dejar que nada ni nadie me la estropee.

## Capítulo 2

El sonido de mi despertador me hace lanzarlo hasta el otro lado de la habitación. Apenas hace un par de horas que mi chica misteriosa se marchó, y ni siquiera me ha dado tiempo a cogerle el gusto a la cama. ¡Oh, pero ha merecido la pena! Ha sido una noche de sexo intenso, salvaje y divertido. Ahora me toca lidiar con el condenado debate sobre el amor. ¿A quién quieren engañar? Es una forma más de difundir el espíritu de San Valentín, de convencer a estos jóvenes ilusos a los que les damos clase de que compren una jodida rosa para regalársela a sus novias o amadas, y así la universidad logrará un buen pellizco para restaurar el aula de música.

Me levanto de la cama con un bostezo, y tras una buena ducha para quitarme de encima el olor a sexo y a mujer, me visto y bajo a la cocina a servirme una buena taza de café. Ya desayunaré en el campus cuando llegue. En cuanto llego a mi despacho, me pongo mi bata blanca y repaso los apuntes respectivos a la primera clase de hoy, en la que les explicaré a mis chicos la introducción histórica al concepto de sustancia, la parte más aburrida de la asignatura. Sé que están deseando empezar con los tubos de ensayo, pero necesitan unos conceptos básicos antes de dejarles poner en peligro mi laboratorio.

—¿Puedo pasar?

La voz de la decana me arranca un gemido, pero asiento sin apartar la vista de mis apuntes.

—¿Preparando el debate? —pregunta.

—Ni hablar. Estoy preparando mi clase.

—¿Y cómo llevas el debate?

—¿En serio, Juls? —digo con una ceja arqueada.

—Claro que es en serio.

—Mira... te dije que no me metieras en esta mierda, que no tenía tiempo de gilipolleces, pero me has obligado a hacerlo. Contestaré a mi contrincante, te lo aseguro, pero lo que no voy a hacer es perder mi preciado tiempo en ello cuando tengo que preparar una clase para hoy.

—Es importante para la universidad, Eros.

—Lo sé, pero yo no soy la universidad, ¿verdad?

—¡Es imposible hablar contigo cuando te pones así!

Dicho esto, mi jefa sale de mi despacho dando un portazo, y yo me concentro en Boyle y su definición de sustancia.

Media hora después tengo a una veintena de estudiantes sentados en el aula escribiendo como imbéciles en sus ordenadores lo que explico, cuando lo que tienen que hacer es atender.

—A ver, quiero todos los portátiles apagados y los lápices guardados —ordeno—. Quiero que escuchéis lo que tengo que decir, no quiero que toméis notas de algo que ya tenéis en el libro de texto.

Todos obedecen al momento, y prosigo con mi explicación.

—Robert Boyle fue un defensor de la naturaleza corpuscular de la materia y definió los elementos químicos como ciertos cuerpos primitivos y simples, perfectamente no mezclados, que no están hechos de ningún otro cuerpo y que son los ingredientes de los cuales todos los cuerpos llamados perfectamente mixtos están inmediatamente compuestos y en los cuales pueden ser finalmente resueltos.

Ahora sí, la clase va como debe. Todos mis alumnos atienden a mis explicaciones, y ninguno está escudado tras su ordenador. Tras contestar un par de preguntas, me dispongo a seguir con la clase, pero la decana irrumpe

en ella y se acerca a mí.

—Es la hora —susurra.

—Muy bien, chicos, es todo por hoy. Tengo que ir a esa mierda de debate sobre el amor, así que repasad lo que hemos aprendido hoy y terminad el capítulo. Mañana responderé las preguntas que tengáis.

Dicho esto, salgo de mi despacho y me quito la bata de camino al salón de actos.

—No irás a aparecer así —pregunta Juls.

—¿Así, cómo? —pregunto yo, mirando mi aspecto.

—Con esas pintas. ¿Por qué no te has puesto un traje?

—Nadie me dijo que tuviese que hacerlo.

—¡Se sobreentendía, Eros!

—La próxima vez, procura ser más explícita, por favor.

En cuanto entro en la sala, un olor floral inunda mis fosas nasales. Lo conozco, es el perfume que llevaba mi conquista de ayer. Juls se acerca a una mujer parada al final de la sala, con el pelo recogido en un perfecto moño de abuela y un traje de chaqueta que debe esconder todo lo que hay debajo. Me acerco resignado a conocer a la dichosa sicóloga, y casi se me descuelga la mandíbula cuando se da la vuelta y me mira con sorpresa. Es la mujer del bar, la diosa con la que he pasado follando toda la noche.

—Eros, déjame presentarte a la doctora Robin Baker, tu contrincante en el debate. Doctora Baker, él es el profesor Eros Montgomery.

—¿Eros, en serio? —pregunta con una ceja arqueada.

—Ya te lo dije —contesto sonriendo.

—¿Os conocéis? —pregunta Juls extrañada.

—El profesor y yo somos viejos... amigos —responde Robin.

—Vaya, qué pequeño es el mundo... En ese caso, os dejo solos. El debate empezará en diez minutos.

Juls se aleja y Robin pasea un dedo por mi pecho.

—Así que realmente eres Eros, ¿mmm?

—¿Creíste que mentía?

—La verdad es que sí.

—Jamás imaginé que pudieras ser mi contrincante. Después de lo de anoche menos aún.

—¿Por qué? Que me guste tener sexo de una noche de vez en cuando no significa que no crea en el amor.

—Pues lograste engañarme, aunque te advierto que está demostrada científicamente mi teoría.

—Está demostrado que cuando un individuo se enamora, su cuerpo segrega una serie de sustancias químicas que le hacen estar más feliz, Eros. Eso no significa que el amor no exista.

—Creo que el debate es allí arriba —bromeo señalando nuestros podios.

—Eso dicen. Pero me gustaría apostar más fuerte que un simple debate.

—¿Y qué tienes en mente?

—Hacer una encuesta entre los asistentes. Si gana mi teoría, tendrás que hacer algo por mí, y viceversa.

—Cielo, si quieres que nos volvamos a acostar no tienes más que pedirlo. No tienes que apostar.

—La verdad es que me he vuelto algo exhibicionista desde anoche, y podríamos jugarnos el próximo lugar donde lo haremos.

—Así que he conseguido que te guste el peligro... Hecho, pero ya te aviso que voy a perder. El ser humano tiende por naturaleza a creer lo que le viene mejor, y en este caso es creer en el amor.

—No me lo pongas tan fácil, hombre. Aún no ha empezado el espectáculo.

Sonríó cuando ella me llama con el dedo para que la siga a mi posición en el podio. Después de exponer mi punto de vista, ella intenta convencer a la audiencia de que el amor es una emoción humana y compleja múltiple, y está conformado por un conjunto de variables que se entrelazan de manera compleja. Tengo que reconocer que su razonamiento es tan válido como el mío, aunque las demostraciones científicas tienen mucho más peso. Una hora después, tenemos en nuestro poder la caja que contiene el resultado de la apuesta. La guío a mi despacho, y nos sentamos en el escritorio a contar los dichosos votos. Ciento diez ella, cincuenta y cuatro yo. Era evidente. Cruzo los brazos con una sonrisa y la miro con atención.

—¿Qué? —pregunta divertida.

—Te dije que perdería.

—Pero ha sido divertido, reconócelo.

—No demasiado. Era más emocionante intentar ponerte nerviosa.

—Has sido un auténtico diablo. No sé por qué te pusieron ese nombre, pero no te pega nada.

—Eso no te lo discuto. ¿Cuál es mi castigo?

—No es ningún castigo, solo es un sitio insólito donde echar un polvo.

—Muy bien, desembucha.

—Tu despacho es un sitio muy tentador...

Sin más, empiezo a sacarme el polo por la cabeza.

—Pero nada excitante, mucho menos cuando has echado el cerrojo antes de entrar —continúa.

—¿Entonces?

—Esta noche. En el Fenway.

—Hoy hay partido de los Red Sox. Es una locura.

—Tengo dos entradas. Nos colaremos tras las gradas y follaremos con los vítores de fondo.

—¿Qué somos? ¿Veinteañeros?

—Nunca está de más volver de vez en cuando a la juventud.

—Podríamos dormir entre rejas si nos pillan.

—Por eso es tan emocionante.

—De acuerdo —digo al fin—. Pero cenaremos antes en el restaurante de anoche. No puedo cometer un delito con el estómago vacío.

—Ni hablar, no me gustan las citas. Nos comeremos un perrito en el estadio... después. Quedamos en la puerta del Fenway a las siete.

—Y luego defiendes el amor...

—Que solo quiera sexo contigo no significa que crea que algún día pueda llegar a enamorarme.

—Si tú lo dices...

—Debo marcharme. Tengo una reunión con un cliente en media hora.

—¿Vives aquí?

—Pues claro. Concretamente a dos manzanas del bar donde nos conocimos.

—Tenía la sensación de que eras de fuera.

—Soy de Connecticut, pero llevo viviendo aquí cuatro años.

—Muy bien, nos vemos esta noche entonces. Y Robin...

Ella me mira con una ceja arqueada.

—Nada de ropa interior —ordeno.

—Te gustó que no la llevase, ¿mmm?

—Me puso como una moto.

## Capítulo 3

La suerte de formar parte de una familia numerosa es que siempre tienes a algún primo que te debe un favor. En este caso, será Carlo quien pague su deuda sacándome del lío si me pillan. Trabaja como guardia de seguridad en el estadio, así que podrá sacarnos del embrollo sin problemas ¿En serio creíais que estaba tan loco como para cometer un delito a sabiendas?

—Me pueden despedir si me descubren, Eros —protesta mi primo cuando le cuento mi plan.

—¡Vamos, hombre! Solo quiero impresionar a una chica.

—¿Y por qué no la impresionas llevándola a cenar a un buen restaurante? Echar un polvo en pleno partido es una locura, y lo sabes.

—Se lo he prometido...

—¡Pero yo no trabajo mañana!

—¡Pues cámbiale el turno a tu compañero! Vamos, Carlo, hazme este favor. Me lo debes.

—Lo sé, pero...

—Inténtalo al menos, hombre. Habla con tu compañero, y si no quiere cambiarte el turno lo olvidamos.

—Está bien, está bien. Pero no te prometo nada.

Ahora faltan diez minutos para que Robin aparezca para nuestra excitante incursión. El estadio está a reventar, y reconozco que me estoy poniendo bastante nervioso. Aunque Carlo ha conseguido que su compañero le cambie el turno a cambio de una entrada en primera fila, que ha salido de

mi bolsillo, no estoy seguro de que mi plan funcione si nos pillan. Pero qué cojones... un polvo así no se lo ofrecen a uno todos los días, ¿verdad?

Mis expectativas de llevar el plan a buen puerto mueren cuando Robin llega ataviada con vaqueros. ¿En serio? ¿Y cómo pretende que la desnude para un polvo rápido y excitante?

—Siento llegar tarde —suspira—. He tenido que parar a echar gasolina.

—¿En serio pretendes que logremos echar un polvo rápido? —protesto señalando sus vaqueros.

—No querrás que venga a un partido de beisbol con falda, ¿verdad?

—Pues para lo que teníamos en mente, sí.

Robin se acerca a mi oído y acaricia mi nuca con sus uñas, haciendo que me recorra un escalofrío.

—Tranquilo, pequeño —susurra—, he cumplido mi promesa. No hay nada debajo de estos vaqueros.

—Si nos pillan, tú pagarás las fianzas —advierto mirándola a los ojos, que están a escasos centímetros de mi cara.

—Prometido. ¿Podemos entrar ya? Vamos a perdernos el principio.

Resoplo dirigiéndome a la entrada. ¿Le preocupa perderse el principio cuando va a perderse buena parte del partido? Los asientos no están nada mal. No son en primera fila, pero en cuarta también se ve bien el partido. Lástima que vayamos a perdernos buena parte de él... Espero al menos que no se le ocurra follar cuando esté terminando... Soporto perderme una parte, pero desde luego no el final. Carlo está, por suerte, encargado de nuestra zona de las gradas, así que no tendré que preocuparme demasiado de que nos pillen si Robin se limita a colarse debajo de ellas. Carlo me saluda con un leve movimiento de cabeza, y nos sentamos en nuestros asientos a ver el partido. La vibración de mi móvil en el bolsillo me arranca una sonrisa. Como suponía, es un mensaje de mi primo.

*“Con pivones como ese, yo también follaría bajo las gradas”*

Tras enviarle el emoji del corte de manga, me centro en el partido. Cuando la cosa se empieza a calentar en el campo, cuando todos los asistentes están pendientes de los jugadores, es cuando mi endiablada acompañante empieza su artimaña. Cuela la mano por debajo de mi chaqueta, que tengo echada sobre las piernas, y acaricia mi verga a través de la tela de los vaqueros. Casi salto en el sitio ante la impresión, porque no me lo esperaba, pero sonrío y la dejo hacer su trabajo. Sus mágicos dedos serpentean por mi paquete con pericia, consiguiendo que mi polla empiece a hincharse, y tengo que abrir un poco las piernas para poder acomodar mi erección. Me acerco a su oído, simulando decirle algo, pero en vez de eso acaricio su cuello lentamente con mi lengua, antes de chuparlo con la intención de hacerle un moretón.

—¿Estás loco? —ríe apartándose— Nada de marcas visibles, guapetón. En el trabajo tengo que parecer seria y sofisticada.

—Entonces te aseguro que voy a hacerte un buen chupetón en el pecho... o en la ingle, ya veremos.

—¿Tu marca de ganador?

—Algo para que no olvides este día.

—¿Olvidarlo? Imposible.

Robin continúa con su incursión un poco más, y le vuelvo la cabeza para comerle la boca. Ella se deja hacer, echa la cabeza hacia atrás y me devuelve el beso. Su lengua pelea con la mía en una lucha de poder, y no puedo estar más cachondo. Por un segundo, el resto del estadio desaparece, solo estamos ella y yo, y de buena gana la habría tumbado sobre la grada para empalarme en ella hasta el fondo. Pero Robin se aparta, aparta la mano de mis pantalones y se vuelve atenta al partido.

—¿Estás de broma? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—¿Eso es todo?

—Por ahora sí.

—Nena, no vas a dejarme así.

—Ya lo creo que sí.

—Te gusta apostar duro, ¿eh?

—Digamos que quiero tenerte a mil por hora antes de irnos a nuestro encuentro privado.

—Ya estoy a mil, Robin... vayámonos.

Ella simplemente sonrío y centra su atención en el partido. Muy bien, si quiere juego... lo va a tener. Paso mi brazo por sus hombros y la atraigo hasta mi cuerpo, y ella me mira desconfiada antes de echar la cabeza en mi hombro. Cuelo sin demasiado disimulo mi mano bajo su camiseta, y aparto el sujetador de encaje para aprisionar entre mis dedos su pezón, que aún está tierno, suave... y escondido.

—¿Qué crees que haces? —pregunta sonriendo.

—Imitarte. He visto que este juego se te da de maravilla.

—A mí no me ha visto nadie, pero a ti te está viendo el tío de arriba y el de mi izquierda.

—Mala suerte, pequeña. Quien juega con fuego, se termina quemando.

—Por mí adelante... no te cortes.

Continúo masajeando el pequeño pezón, que poco a poco se endurece, y veo con satisfacción cómo Robin se mueve incómoda en el asiento. Ahí lo llevas, nena, eso por capulla. No conforme con mi incursión, meto una de mis piernas entre las tuyas y la obligo a abrirlas por completo. Sé que la costura de los vaqueros le está presionando el clítoris, y cada vez que muevo mi pierna ella se muerde el labio para evitar soltar un gemido.

—¿Qué, nos vamos ya o aún sigues queriendo torturarme? —pregunto.

Robin se levanta sin mediar palabra y tira de mí hasta la salida. No puedo evitar mi sonrisa triunfal, pero ella no dice una palabra hasta que no encuentra lo que está buscando: una entrada abierta al campo y, por tanto, a la parte de debajo de las gradas. Un hombre con aspecto de armario empotrado franquea la entrada, así que no va a ser nada fácil colarse por ahí.

—¿Y ahora qué? —pregunto en su oído.

—Déjame a mí.

Robin se acerca corriendo a él, visiblemente afectada, y empieza a hacer aspavientos frente a su cara.

—¡Gracias a Dios que encuentro a alguien! —exclama— ¡Rápido, una mujer acaba de romper aguas y hay que llevarla al hospital!

—Señora, ¿ha llamado a una ambulancia?

—Lo ha hecho su marido, que por cierto está histérico. ¡Vamos, vaya allí y ayúdele a bajarla de la última fila antes de que tenga el hijo sobre la cabeza del calvo de delante!

El guardia, aunque reticente, sale a correr en la dirección que Robin le dice, y ella me hace señas para que la siga hasta el interior del recinto.

—Como te pille te destroza —bromeo.

—Cuando vuelva ya no estaremos aquí.

Me pone nervioso estar tan lejos de mi grada, así que mientras andamos entre los travesaños le mando un whatsapp a mi primo para darle nuestra ubicación. Más vale prevenir que curar. Terminamos en el centro de una de las gradas, donde es imposible encontrarnos si miran en nuestra dirección desde las entradas al campo, y Robin tira de mí, sujetándome por la camiseta, y estampa su boca con la mía.

¡Por fin! Meto las manos por debajo de la tela de su camiseta y la aprieto contra mi cuerpo. Estoy cachondo, nervioso, todo a la vez. Toda esta situación ha disparado mi adrenalina por las nubes, y estoy deseando

deshacerme de sus pantalones y enterrarme completamente en ella. Robin sube mi camiseta hasta el cuello, y lame mi pecho sin apartar su mirada de la mía. Esa bendita lengua va a ser mi perdición... Lame mis tetillas, y baja por mi estómago hasta toparse con la cinturilla de mis pantalones. Me relamo esperando su mamada, y sus dedos desabrochan los botones de mis vaqueros para dejarlos caer hasta los tobillos.

—A ver cómo echo a correr si nos cazan —bromeo.

—Te las apañarás, machote... va a merecer la pena.

Robin araña mis muslos al bajar los bóxers hasta mis rodillas, y abre la boca por completo para acoger mi verga dura. ¡Esto es la hostia! Sus preciosos labios succionan mi verga despacio, y sus dedos serpentean por la piel de mis huevos calibrándolos, tentándolos. Aparta su boca de mi carne para pasar la lengua por toda su extensión, recreándose en mi glande, apretando con cuidado la pequeña abertura por la que empieza a brotar una perla de semen. Agarro su cabeza entre mis dedos, su cabello largo se enreda en ellos cada vez que Robin la mueve para engullirme, y estoy a punto de entrar en erupción. Ella me mira traviesa desde su posición, y me hace estremecerme cuando sus dientes rozan peligrosamente mi piel.

—Ni se te ocurra morderme —adviento con un gemido.

—No es eso lo que tengo en mente.

Su boca me nubla el sentido, su lengua me deja sin aire en los pulmones, y cada vez estoy más seguro de que si no se pone de pie de una vez terminaré corriéndome en su boca. Robin parece leerme el pensamiento, porque se levanta, y dándome la espalda, deja caer sus pantalones hasta sus rodillas. La observo expectante apoyarse contra un poste, arquear deliciosamente la espalda y ofrecerme su retaguardia para que le de placer, y yo siento que estoy en el cielo. Aparto los cachetes de su trasero para encontrar su sexo húmedo, y me entierro en ella despacio, saboreando cada

segundo de placer como si fuera el último. Los nudillos de Robin se han puesto blancos de la fuerza con la que se agarra al poste, y comienzo a moverme despacio en su interior, haciendo pequeños círculos con mi cintura para volverla aún más loca.

Robin grita, gime, resuella sin pensar en las cientos de personas que están sobre nuestras cabezas, y aumento la velocidad de mis movimientos pegando mi pecho a su espalda para poder alcanzar esas dos pedazo de tetas que me vuelven completamente loco. Mi pelvis impacta contra su culo, nuestros sudores se entremezclan en el roce de nuestros cuerpos, y cada vez que entro por completo en ella, Robin encoge sus paredes pélvicas haciéndome jadear. Por el rabillo del ojo atino a ver a un gilipollas que nos observa a pocos metros, y vuelvo la cara de mi acompañante para que le observe masturbarse mirando el espectáculo.

Ni siquiera me había dado cuenta de su presencia, pero la verdad es que me importa una mierda. Chaval, yo tengo a la chica, tú tendrás que jugar un cinco contra uno. En cuanto Robin se percata del intruso intenta apartarse, pero se lo impido aprisionándola entre el poste y mi cuerpo, y le cubro la boca con la mano para impedirle resollar.

—Si nos vamos se dará cuenta de que le hemos pillado con las manos en la masa —susurro—, así que quietecita.

Robin asiente y se mete mi dedo índice entero en la boca, y comienza a succionarlo como si se tratase de mi verga. Yo empiezo a moverme de nuevo, procurando que el sonido del entrechocar de nuestras caderas llegue hasta nuestro intruso. Me siento poderoso, jamás me había planteado tener sexo con público, pero esta situación me está gustando más de lo que me imaginaba. Siento las paredes vaginales de Robin contraerse, sus dientes muerden mi dedo con fuerza, y su espalda se convulsiona cuando el orgasmo la recorre. Yo sigo envistiendo, cada vez más deprisa, y cuando siento el

orgasmo subir por mi espalda me salgo de ella y derramo mi semen sobre su preciosa espalda tatuada.

## Capítulo 4

Estoy sin aliento. No soy capaz de erguirme, y Robin sigue apoyada en la viga sin dejar de jadear. Ha sido un polvo impresionante, excitante, peligroso... pero sobre todo intenso. Me he quedado seco, literalmente. Si ahora mismo tuviese que correrme otra vez sería incapaz de hacerlo. Paso la mano abierta por el muslo de Robin para comprobar que ella también ha debido correrse, porque está pegajosa y temblorosa. Saco un pañuelo del bolsillo de mi cazadora y limpio el desastre que he formado en su espalda. Ella me mira por encima del hombro con una sonrisa, y cuando termino, se vuelve para ponerse la ropa de nuevo.

—¿Todo bien? —pregunto para asegurarme de que ella también ha quedado saciada.

—Perfecto. Aún me tiemblan las piernas por los latigazos del orgasmo.

Cojonudo, ya puedo quedarme tranquilo. Soy de esos tíos a los que les gusta la satisfacción recíproca, pero el subidón de adrenalina ha sido tan intenso que ni siquiera he pensado en ello, y me sentía un poco culpable.

—Ha sido divertido, ¿eh? —pregunta señalando con la cabeza a nuestro voyeur, que ha salido a correr en cuanto ha visto que ha terminado la función.

—No ha estado mal del todo, aunque yo me lo he pasado mucho mejor que él.

—Seguro que te ha maldecido un par de veces.

—O más. ¿Yo con un pivón y él con su mano? Al menos se ha acordado de toda mi familia.

—Ahora tenemos que salir de aquí —dice mirando hacia la salida.

—Pues tú dirás cómo, apuesto a que el gorila que había en la entrada ha vuelto a su lugar.

—Tengo una idea.

Robin me hace señas con la mano, y la sigo corriendo entre las vigas que sostienen las gradas hasta que se para en seco debajo de una de ellas.

—Es aquí —susurra.

La miro sin comprender, porque no tengo ni puta idea de a qué se refiere. Miro a mi alrededor intentando encontrar una trampilla, una puerta, algo, pero lo único que veo es hormigón y vigas de hierro.

—¡Vamos, súbeme! —protesta dando saltitos.

Miro hacia arriba y descubro que estamos justo debajo de nuestros asientos.

—¿Estás mal de la cabeza? Yo no quepo por ahí —protesto cruzándome de brazos.

—¡Claro que coges! Solo tendrás que encoger un poco el estómago.

—Robin... estás como una puta cabra, ¿lo sabías?

—¿Y cómo pretendes que volvamos a nuestro sitio si el guardia ha vuelto a su puesto?

—¿No crees que deberías haberlo pensado antes de meternos aquí?

—Tienes razón —dice avergonzada.

—Por suerte, yo sí lo pensé.

Marco en mi teléfono el número de mi primo, que lo coge a la segunda señal.

—Carlo, estamos debajo de nuestros asientos, ¿nos puedes sacar de aquí?

—Sabía que ibais a tener problemas, tío —protesta—. En cinco minutos estoy ahí. No os mováis.

Cuando cuelgo el teléfono, Robin me está mirando con los brazos

cruzados y una mueca de fastidio.

—¿Qué? —pregunto sin entender su reacción.

—Has hecho trampas —espetea.

—¿Perdón?

—Tenías un infiltrado y no me has dicho nada.

—Era por si las moscas, y como puedes ver, nos ha hecho bastante falta, ¿no?

—¿Y quién me asegura que no era el mirón de antes?

Su pregunta me hace reír a carcajadas. ¿Carlo, un mirón? ¡Si el tío es una copia de Brad Pitt en sus buenos tiempos! Rubio, alto, ojos claros, y cara de niño bueno.

—¿Te parece gracioso?

—Mucho —contesto entre risas—. Cuando le veas, lo entenderás.

—No tendrías que haberle llamado.

—Claro que sí, trabaja de seguridad en el estadio y puede sacarnos de aquí sin problemas.

—¿Sabe lo que estábamos haciendo?

—No es tonto.

—Ahora me moriré de vergüenza.

—No lo has hecho con el mirón.

—Es distinto, él también estaba haciendo algo malo.

—Robin, si nos hubiesen pillado en medio del polvo, él nos habría salvado el pellejo, por eso se lo conté. Y ahora nos va a sacar de aquí.

Mi primo aparece en ese momento entre las vigas, y miro a Robin con una ceja arqueada.

—Vale, de acuerdo, no tiene pinta de mirón —reconoce.

Carlo me mira con cara de pocos amigos cuando se para frente a nosotros.

—Creía que eras adulto, tío, pero ya veo que sigues siendo un puto crío.

—Carlo, ella es Robin, una amiga.

Mi primo se limita a hacerle una señal con la cabeza y nos precede hasta la salida.

—Si nos pillan, no digáis ni una palabra —ordena—. Yo me encargo.

—Te debo una, tío. Gracias.

—Una muy gorda, primo. Y te aseguro que me la cobraré.

El resto del partido pasa tranquilo. Lo primero que hacemos al salir de nuestro escondite es ir a por un par de perritos con patatas, porque al menos yo estoy famélico después del esfuerzo y la excitación. Reconozco que me lo paso muy bien con Robin, y no solo en el aspecto sexual. Es atrevida, sexy y divertida, una mezcla explosiva en una mujer de su edad. Si creyese en el amor, tal vez pensaría que podría enamorarme de ella. Pero en el fondo sé que es mi cuerpo el que habla, mi parte animal, que ya está deseando volver a enterrarse en su cuerpo.

Tras el partido, la acompaño a su casa, porque se nos ha hecho algo tarde, e intento entablar conversación, sonsacarle algo de su vida, pero ella se cierra en banda y cambia de tema deliberadamente.

—Tu primo es muy guapo —dice cuando intento hablar de su familia.

—Eso dicen las chicas, pero como has podido comprobar, su mal humor le precede.

—Le has jugado una mala pasada, es normal que estuviese algo borde.

—Hazme caso, es así de borde por naturaleza. Excepto con las mujeres que le gustan, con ellas es de lo más simpático.

—No estaría mal hacer con él un trío.

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¿Está de coña? Nunca me han ido los tríos, y no voy a empezar a hacerlos ahora.

—Ni hablar, Robin —protesto—. No pienso permitir que mi polla choque por accidente con la de otro tío, mucho menos con la de Carlo.

—No seas remilgado.

—¿Remilgado? Ni lo más mínimo. No me gustan esas historias, simple y llanamente.

—Si estuviésemos hablando de otra tía seguro que estarías más que dispuesto —protesta.

—Robin, en mi cama, las mujeres de una en una, y jamás... jamás un hombre.

—Eso dices porque no lo has probado.

—Eso digo porque es la verdad.

—Aguafiestas.

—En absoluto. Eres libre de hacer lo que te dé la gana, no eres mi novia, y si quieres hacer un trío allá tú, pero desde luego no va a ser conmigo.

Sé que ha sonado muy borde, pero el tema me ha tocado la moral. Si no está satisfecha conmigo que se busque a otro tío, pero que no pretenda que acceda a todos sus deseos, porque va lista si piensa que lo va a conseguir. Vale que accediese a lo del estadio, porque a fin de cuentas a mí también me daba morbo, pero de ahí a hacer todo lo que a ella se le antoje... De pronto siento su cálida mano sujetarme el brazo, y me doy cuenta de que he empezado a andar deprisa y la he dejado atrás. Está acalorada, pero aun así me mira con una sonrisa.

—¿Por qué te has enfadado? —pregunta divertida.

—No me he enfadado, simplemente te he dicho lo que hay.

—Te gusto, ¿no es cierto?

—¿Crees que me acostaría contigo si no fuese así? Aunque no es que sepa mucho de ti, me gustas.

—Por eso te ha molestado que quiera hacer un trío.

—Me ha molestado que insistieras aun habiéndote dicho que no me gustan.

—Tú también me gustas, ¿sabes? Y solo pretendía tantearte para ver a dónde podemos llegar.

—No vuelvas a hacerlo, Robin, o esto se termina —amenazo.

—Lo siento —reconoce avergonzada.

La acompaño a su casa en silencio. Todo el buen humor que sentía se ha ido a la mierda, y ahora solo tengo ganas de dejarla en su casa e irme a dormir. Cuando llegamos a su portal, me vuelvo para marcharme, pero ella me sostiene del brazo y me pega a su cuerpo para besarme. Al principio evito abrir la boca, le impido el acceso a su lengua, pero poco a poco caigo en la tentación y la dejo hacer. Antes de darme cuenta, la tengo aprisionada contra la pared, hundiendo mi lengua en su boca y mi mano bajo la cintura de sus vaqueros.

—¿Qué te parece si probamos ahora a hacerlo en un lugar decente? —ronronea— Algo así como una cama...

Me tienta... pero no puedo quedarme. Mañana tengo clase y debo repasar unos apuntes, así que sonrío y me aparto con esfuerzo.

—Otro día, mañana tengo una clase importante y debo repasar algunos apuntes —contesto por fin.

Robin saca mi teléfono del bolsillo de atrás de mis vaqueros y se hace una llamada perdida al suyo.

—Tienes mi número. Llámame pronto.

Me vuelvo para marcharme, pero algo en mi interior me impide hacerlo. ¿Por qué marcharme cuando me ofrece un manjar como ese? Además, ya he descargado, así que puedo estar toda la noche haciéndola sufrir sin provocarle un orgasmo. Me vuelvo, y sin pararme siquiera, me la echo al hombro para poner rumbo a mi casa.

—¡Eros, suéltame! —grita ella entre risas— ¿A dónde demonios me llevas?

—Querías un lugar decente... así que te llevo a mi cama.

## Capítulo 5

En cuanto entro en mi apartamento, dejo a Robin en el suelo y me acerco a la cocina a coger una botella de vino y dos copas. Nada de citas, pero nada impide que tomemos algo de vino antes de ponernos en situación, ¿verdad?

—Ahora vamos a jugar a mi juego —susurro sirviendo el líquido burdeos—. Te haré veinte preguntas sobre tu vida, y si alguna no quieres contestarla, deberás quitarte una prenda de ropa.

—No me gusta hablar de mi vida —protesta.

—Mala suerte. Yo he cumplido tus deseos, ahora tú debes cumplir los míos.

Tras pensárselo un segundo, asiente, y da un sorbo al vino, cerrando los ojos mientras lo saborea en el paladar.

—Delicioso —susurra.

—Es una buena cosecha de mi familia.

—Me he dado cuenta de que tu primo tiene nombre italiano.

—Así es, parte de mi familia es de Italia. Mi abuela viajó a esta ciudad con su padre, que venía a atender unos negocios... y terminó casándose con mi abuelo.

—Interesante...

—Pero no íbamos a hablar de mí, ¿recuerdas?

—Tienes razón. Pregunta, contestaré lo que pueda contestar.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—¿Qué pregunta es esa? ¿Qué tiene que ver...

—Contesta o paga, Robin.

—Dos. Tengo dos hermanos.

—Muy bien. ¿Te has casado?

—Una vez.

—¿Sigues casada?

—Ni de broma.

—¿Por qué se acabó?

Robin se quita las zapatillas de deporte y me mira con una sonrisa.

—Muy bien, continuemos pues —digo—. ¿Hijos?

—Por suerte no.

—¿Alguna travesura sexual inconfesable?

—La de hoy —contesta sonriendo.

—Aparte de la de hoy.

Robin se saca la camiseta por la cabeza y se queda en sujetador. Yo la miro con una ceja arqueada.

—Secreto de sumario —aclara—. Tal vez pueda sorprenderte con ella alguna vez.

—Estaré deseando ser sorprendido, entonces. Tu postura favorita.

—El perrito. Me encanta mirar a mi amante por encima del hombro mientras me enviste con fuerza.

Trago saliva al imaginarnos en esa disyuntiva. Joder, tengo la cama a pocos metros, pero mi idea es conocerla un poco mejor antes de que termine desnuda por completo.

—Un hobby —continúo.

—Leer. Soy lectora asidua de novela erótica.

—Ahora entiendo tus ideas salvajes...

—No todas salieron de la lectura.

—Estoy seguro... Algo que odies tremendamente.

—Sexo con calcetines.

La miro con una ceja arqueada. ¿En serio? Es el único sexo que hemos tenido hasta ahora, ¿y lo odia?

—No me malinterpretes —aclara—. Cuando hay prisa ni siquiera me fijo en esos detalles, me refiero en situaciones más calmadas. Preliminares, cama y todo eso. Odio que un tío se quede solo en calcetines para echar un polvo.

—Menos mal, me sentía como el Anticristo.

—No te preocupes, lo tuyo tenía un pase.

—Muy bien. Tu punto débil.

Robin se quita el sujetador, y me deja ver sus preciosas tetas botando en su pecho.

—Lo voy a descubrir antes de que termine la noche. Lo sabes, ¿no?

—Tal vez.

—¿Qué es lo que más te gusta del sexo?

—El sexo oral. Me encanta recibirlo... y darlo también.

Gimo al recordar sus magníficas mamadas, pero aún me quedan unas cuantas preguntas más... y a ella solo una prenda de ropa.

—Tu mayor virtud.

—Soy una diosa en la cama, cosa que has comprobado —bromea.

—Cierto, lo eres. ¿Y un defecto?

Robin se quita uno de sus calcetines. ¡Olvidé contar los calcetines!

—Nena, los calcetines van en lote, así que quítate los dos.

—¿Quién lo dice?

—Lo has marcado tú al quitarte de una vez los zapatos. Vamos, obedece.

—Solo me queda una prenda.

—Lo sé.

—¿Y qué pasará cuando la pierda?

—Que te llevaré a la cama —contesto cogiendo la botella de vino—. ¿Más vino?

En vez de contestarme, Robin se pone de pie y deja caer los vaqueros al suelo, tapándose la boca para simular sorpresa.

—¡Ups! Creo que me he quedado sin prendas —ronronea.

—En ese caso... se acabó la charla.

Me levanto y tiro de su mano hasta mi dormitorio. La empujo suavemente de los hombros para hacerla caer sobre el colchón, y ella rebota un par de veces antes de quedar completamente quieta. Su respiración se ha acelerado a la espera de mi ataque, pero esta vez pienso tomármelo con calma. Lo primero que hago es quitarme las deportivas y los calcetines, que tras mostrárselos triunfal, lanzo al otro lado de la habitación. Ella ríe a carcajadas, una risa dulce y armoniosa que me hace sonreír a mí también. Después me saca la camiseta por la cabeza, y la miro fijamente.

—¿Confías en mí? —susurro.

—No te conozco lo suficiente.

—En cuanto al sexo. ¿Confías lo suficiente en mí como para dejarme hacer a mi antojo?

Ella se relame los labios y sus ojos se nublan por el deseo.

—Confío en ti.

Me acerco al cajón de mi armario y saco de él cuatro de mis corbatas de seda. Ella se tumba en la cama y estira los brazos y las piernas para dejarme que la ate, y cuando paso sobre su cabeza para tirar de las ligaduras roza una de mis tetillas con la lengua.

—Aún no —susurro—. Estate quieta.

Cuando la tengo atada a la cama, cojo un pañuelo de esos que suelo llevar al cuello en invierno y cubro sus ojos antes de besarla levemente.

Apenas rozo sus labios un par de veces, los lamo, vuelvo a besarla y me aparto de ella. Saco de mi arsenal del cajón de la mesita de noche un huevo vibrador femenino y lo pongo a funcionar antes de dejarlo caer sobre la cama.

—¿Qué es eso que suena? —pregunta visiblemente excitada.

—No sé de qué me estás hablando.

Ella solo sonrío, y ahueca el culo para acomodarse a la espera de mi próximo movimiento. Estoy muy cachondo. La última mujer con la que me acosté no me dejó jugar con ella, y echaba de menos hacerlo. No soy amo, ni mucho menos, pero sí me gusta atar a mis amantes a la cama para “torturarlas” utilizando algún que otro juguetito sexual. Hoy vamos a limitarnos al huevo, ya veremos lo que pasa en el futuro.

Me desnudo por completo y me tumbo junto a Robin. Sus muslos se contraen al sentir mi polla dura contra su cadera, esperando que me la folle, pero me limito a coger el juguete y pasarlo por sus pezones, que florecen al momento.

—¡Joder! —suspira al primer contacto.

Sonrío y acerco mi boca al pezón que acabo de dejar en paz para mojarlo levemente con mi lengua. Ella empieza a mover el culo en círculos, buscando acariciar de alguna forma su clítoris, pero tiene las piernas tan abiertas que es imposible que lo consiga. Me está poniendo muy cachondo, y vuelvo a morder su pezón hasta rozar el límite del dolor.

—¿Qué buscas, mmm? —susurro pasando la mano por su estómago—  
¿Quieres que te toque aquí?

Detengo mis dedos a escasos milímetros del capuchón de su clítoris, y ella se retuerce con un gemido.

—Aún no, gatita. Quiero jugar un poco más.

—Necesito correrme.

—Lo harás, te lo prometo. Y terminarás por rogarme que pare.

Bajo el huevo por su estómago, y vuelvo a subirlo hasta su pecho. Lo he puesto a máxima velocidad, y sus vibraciones hacen temblar toda su piel. Robin gime, se retuerce, y abre la boca para buscar aire. Hundo la lengua en ella, recorro todos sus recovecos, la reto, la envisto con fuerza, y ella levanta la cabeza para salirme al encuentro. Ya está cachonda perdida, y aún no la he tocado como debo. Vuelvo a bajar el huevo por su estómago, pero esta vez lo dejo caer hasta su coño, que ya está húmedo, hinchado y jugoso. Acaricio con el juguete sus labios, lo apoyo levemente en la entrada de su sexo, pero evito intencionadamente rozar con él su clítoris.

—¡Por fin! —grita ante la caricia.

Me regodeo en mi juego, pasando el huevo una y otra vez por entre sus pliegues, adentrándolo a medias en su canal, y volviendo a sacarlo cuando ella se tensa a la espera de que lo meta por completo. Sus piernas tiemblan esperando el orgasmo, su pecho se perla de sudor, y está tan caliente que sus flujos están mojando la sábana. Me meto un pezón en la boca cuando por fin me decido a cubrir su clítoris con el juguete. Lo presiono con fuerza, y las vibraciones arrancan un grito de su garganta.

—¡Joder, sí! ¡Dios, sí! ¡Me corro! ¡Me corro!

Siento su cuerpo convulsionarse ante el primer orgasmo, pero lejos de apartar el aparato, lo aprieto aún más fuerte. Su estómago se convulsiona, sus piernas tiran de las ataduras y ella lloriquea ante la oleada de placer mezclada con un leve dolor que debe estar sintiendo. Cuando por fin queda laxa sobre la cama, introduzco el huevo en su canal y me coloco entre sus piernas para lamerla. Mmm... qué bien me sabe su coño ahora que se ha corrido. Sus flujos llenan mi lengua de un sabor dulce y alcalino. Me dedico a dar pasadas largas por sus pliegues, esperando a que se calme un poco, porque tiene el clítoris tan hinchado y rojo que debe escocerle. Y solo van dos orgasmos...

—Fóllame, Eros —susurra— No puedo más.

—Qué flojilla eres, Robin... si solo van dos.

—Sácame esa mierda y méteme la polla de una vez.

Me hace sonreír, pero no le hago ni caso. Continúo pasando mi lengua por su sexo, por sus perfectos labios depilados, por su clítoris, por su entrada, de la que cuelga el pequeño cordón del aparato sexual. Paso el dedo por la carne rosada, apartando sus labios menores, destapando su clítoris de nuevo para acariciarlo con la lengua.

—No, por favor —suplica—. Otra vez no.

Hago oídos sordos a sus súplicas, y comienzo a lamer su clítoris hinchado, evitando tocarlo directamente porque sé que debe dolerle, pero haciéndola estremecer. Robin sostiene las ataduras con fuerza, sus dedos están blancos por la fuerza con la que las agarra, y sus muslos intentan cerrarse sin éxito sobre mi cabeza. Está a punto de correrse de nuevo, puedo sentirlo, y cuando sus piernas se tensan ante la primera oleada de placer, saco el juguete de su interior y me empalo en ella con fuerza, embistiéndola una y otra vez con tanta intensidad que sus gritos resuenan en la habitación.

Permanezco enterrado en ella, sin moverme, hasta que la tormenta amaina. Desato sus ataduras sin salir de ella, y aparto el pañuelo de sus ojos antes de besarla. No puedo evitar sonreír ante su aspecto, y ella rodea mi cuello con los brazos para besarme sin fuerzas.

—Ha sido increíble —suspira cerrando los ojos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto cuando la veo bostezar—  
Aún no he terminado contigo.

—¿Hay más?

Su gemido me hace reír. No sé si ha sonado a angustia o a alivio, pero lo voy a comprobar en un momento.

—Por supuesto que hay más —susurro—. No he hecho más que empezar.



## Capítulo 6

Comienzo a moverme despacio, casi sin salir de ella, y sus piernas se enredan en las mías, acariciando mis gemelos con sus suaves pies.

—Esto me gusta más —reconoce.

—¿Ah, sí? Pues hace un rato has dicho que esta no es tu postura favorita.

—Que no lo sea no significa que no me guste.

—Ajá...

—Bésame y calla.

Obedezco su orden encantado. Estoy deseando besarla, me encanta sentir el roce de su lengua en la mía, y esos pequeños besos con la boca entreabierta para pillar mi labio entre los suyos, lo justo para dar un leve tirón. Me pone a mil que haga eso, y apuesto a que lo sabe. Sus dientes apresan mi labio inferior y lo sueltan tras morderlo suavemente, su lengua calma el ardor después, y entierro la cara en su cuello para poder lamerlo a conciencia. Ella gime, aparta la cabeza, me deja darme un festín con su piel. Mis caderas siguen su ritmo cadencioso, apenas perceptible, y las suyas me salen al encuentro cada vez. Mi culo se contrae apenas para impulsar el movimiento, y su sexo me succiona cada vez que lo relajo. Esto es el paraíso, estar así, sin tener en cuenta el tiempo.

Las manos de Robin bajan por mi espalda hasta aprisionar mi culo, y lo aprieta con fuerza cada vez que me impulso dentro de ella.

—¿Qué quieres? —susurro a un milímetro de su boca.

—Que empieces a moverte de una vez.

—Ya lo hago.

—No así... hazlo con fuerza.

—¿Cómo? ¿Así?

Salgo de ella hasta que solo mi glande está entre sus pliegues, y me empalo por completo de una fuerte estocada.

—¡Sí! —gime ella— ¡Así!

Sonrío y vuelvo a mi ritmo lento, intercalando de vez en cuando una fuerte embestida, y ella me recompensa con un grito de placer. Pero está desesperada por alcanzar el orgasmo, y aprieta sus piernas alrededor de las mías para que aumente el ritmo.

—¿Quieres más? —susurro.

—Lo quiero todo.

—¿Y qué es todo?

—Quiero que me folles de manera salvaje hasta que me corra.

Cumplo su deseo, moviéndome de nuevo con ímpetu, bombeando en su interior con fuerza. Mi pelvis choca con la suya, haciendo ventosa debido al sudor que nos recorre, y cada vez que salgo de ella sus manos me aprietan para que vuelva a entrar. Está cachonda de nuevo, buscando un orgasmo, pero aún no quiero terminar esto, así que salgo de ella y le hago señas para que se dé la vuelta.

—Vamos a por tu postura favorita —susurro.

—Estaba deseando que dijeras eso.

Robin se coloca a cuatro patas, y arquea la espalda hasta que sus pechos quedan aprisionados contra el colchón. ¡Oh, sí! Es experta en la materia, ha dejado su coño tan abierto que no puedo evitar el impulso de agacharme y pasar mi lengua un par de veces por él antes de volver a penetrarla. Esta postura es más profunda, mi polla entra en ella hasta la empuñadura, y mis huevos golpetean su clítoris a cada empujón. Aprieto mis

dedos en sus cachetes, los aparto para ver mejor cómo entro y salgo de ella, y tengo que morderme el labio para no gritar yo también ante el placer. Siento sus flujos chorrear por mis huevos, sus gemidos inundan mis oídos, y mis fosas nasales se impregnan del olor a sexo que domina la habitación.

De repente, Robin se aparta de mí, y de un empujón, me lanza sobre la cama para ponerse a horcajadas.

—Es que vas muy lento —se disculpa—. Necesito que lo hagas más deprisa.

—Soy todo tuyo, pequeña.

—Eso imaginaba.

Comienza a moverse a un ritmo desenfrenado. Sus tetas botan frente a mis ojos cada vez que se sienta sobre mi polla, y su pelo acaricia mis huevos cuando echa la cabeza hacia atrás. Sus manos se agarran con fuerza a mis muslos, y las mías vuelan hasta esos preciosos montículos votantes para masajearlos entre los dedos. Sus pezones están como piedras, y gimo cuando una de sus manos se entierra entre sus pliegues para darse placer. ¡Cómo me pone que una mujer se masturbe! Siento su sexo contraerse, succionarme, engullirme, y el orgasmo hace que Robin caiga desmadejada sobre mi pecho. Apoyo las plantas de los pies en la cama, y sosteniéndola de la cintura, comienzo a moverme, empotrándola con fuerza, deprisa, sin tregua. Ella apenas reacciona ya, está deshecha, pero el placer comienza a subir por mi espina dorsal. Estoy cerca, muy cerca, y necesito poder moverme con mayor fluidez, así que le doy la vuelta y la pongo en el filo de la cama. Así, de pie frente a ella, me cuesta menos trabajo follármela. Tengo que elevar un poco sus caderas, pero mis movimientos ahora son mucho más fluidos, mucho menos efímeros. Entro y salgo de ella una y otra vez, estampando mi pelvis contra la suya, sintiendo mis huevos golpear su culo, y el placer aumenta a cada embestida. Una, dos, tres veces más me entierro en ella, y un grito

ahogado escapa de mi garganta cuando me corro y mi semen sale disparado hasta su estómago.

Caigo en la cama a su lado, y ella se hace un ovillo entre mis brazos con un suspiro. Apenas se mueve, pero siento su cuerpo convulsionarse de vez en cuando, y la verdad es que temo haberme pasado con ella.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí. Solo son restos del orgasmo —aclara.

—¿Seguro que estás bien? ¿Necesitas algo?

—Solo calmarme.

—Si empiezas a sentirte mal, dímelo.

Siento su cabeza asentir, y cuando recupero el aliento, me levanto de la cama para ir a llenar la bañera de agua caliente. Ambos necesitamos un baño, esta sesión de sexo ha sido más pegajosa de lo acostumbrado, y apuesto a que ella necesita que el calor del agua relaje sus músculos después de tanta actividad. Aunque sigue despierta no puede moverse, así que la cojo en brazos y la hago entrar en la bañera lentamente. Ella gime ante el contacto del agua caliente, y con un suspiro, se relaja visiblemente entre la espuma. Me siento tras ella, que apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos, visiblemente cansada.

—No puedo moverme —susurra.

—Era de esperar.

—No conocía esta faceta tuya tan perversa.

—Puedo ser aún peor que eso.

—¿Te gustan los juegos duros?

—No. Me gustan los juegos divertidos para ambas partes. No me gusta traspasar el límite del placer y el dolor.

—Reconozco que me ha sorprendido mucho que te guste este tipo de juegos. No lo esperaba.

—Aún no me conoces demasiado.

—Es cierto, pero la verdad es que me muero de ganas por hacerlo.

—¿Aún no has quedado saciada? —bromeo.

—No me refiero al sexo. Por favor, no más por hoy.

—Y yo que tenía pensado retomarlo cuando saliésemos de la bañera...

—Cuando salga de aquí habré caído en coma. No sé si voy a ser capaz de llegar a casa.

—No tienes que irte. Te llevaré a casa antes de irme a la universidad.

—No quiero ser una molestia.

—Eso es una gilipollez. La cama es suficientemente grande para que podamos dormir los dos... si es que nos queda algo de tiempo para hacerlo.

—Aún es de noche, al menos nos quedan un par de horas para dormir —bromea.

—¿Mañana trabajas?

—No tengo nada hasta la tarde. Puedo dormir cuando me lleves a casa.

—Tienes suerte, yo tendré que entrar a las diez a trabajar.

—Llama y di que estás enfermo.

—¿Así, sin más? No puedo hacer eso.

—¿Quién lo dice? No creo que vayan a investigar si es verdad.

—Si me quedo en casa, no será para dormir, Robin. Será para volver a follarte.

—Ni de broma. Necesito al menos un par de días para recuperarme de esto.

—Sí que eres exagerada.

—Nunca había jugado a algo así. Es muy excitante, pero también agotador. Mañana tendré agujetas de tanto convulsionarme.

—Te ha gustado, ¿no?

—Mucho, me encantaría repetir alguna vez.

—Todo puede estudiarse...

Permanecemos un rato más en el agua, pero pronto empieza a enfriarse. Salgo de la bañera y le tiendo una toalla. Ella se seca el pelo lo mejor que puede, se lía la toalla a la cabeza y me sigue hasta el dormitorio. En cuanto aparto las sábanas, se deja caer entre ellas y cierra los ojos con un suspiro. Le doy la vuelta a la cama para acostarme yo también, pero miro antes el reloj para comprobar que aún son las cinco de la mañana. Bien, al menos tenemos cuatro horas para dormir, porque no entro a trabajar hasta las diez. Me tapo con la sábana y Robin se vuelve para refugiarse entre mis brazos. No puedo evitar mirarla. Tiene el maquillaje hecho un desastre, el pelo enredado, y sus labios están bastante hinchados debido al sexo, pero la verdad es que la encuentro tan atractiva y deseable que, si por mí fuera, volvería a hacer el amor con ella.

Con un bostezo, paso mis brazos por su cintura y cierro los ojos, quedándome completamente dormido.

## Capítulo 7

Despertarme con una mujer al lado siempre ha sido, cuanto menos, embarazoso para mí. Sobre todo porque nunca he pretendido darle esperanzas a ninguna de ellas, y a no ser que fuese estrictamente necesario siempre he procurado que todas duerman de vuelta a su cama. Pero hoy, cuando me he levantado con Robin durmiendo a mi lado, me he sentido... bien. Sí, esa es la palabra exacta. No me he sentido incómodo, ni nada por el estilo.

Robin es divertida hasta cuando duerme, os lo aseguro. Produce unos sonidos ridículos a medias entre un ronquido y una risa, y no puedo evitar quedarme mirándola un buen rato, intentando averiguar cómo demonios consigue hacerlos. De pronto, parece que mi acompañante se ha tragado un león. Inspira con fuerza, haciendo un ruido similar a un rugido, y abre los ojos para mirarme, moviendo la mandíbula como si estuviese masticando algo.

—Buenos días —susurra estirándose, y yo no puedo evitar partirme de risa.

Veo a Robin mirándome con una ceja arqueada, y cuanto más me mira, menos puedo yo parar de reír. ¿Cómo puede una cosa tan pequeña formar ese estrépito?

—¿Qué te parece tan gracioso? —protesta sentándose con los brazos cruzados.

—Nada, olvídalo —contesto sonriendo.

—No puedo olvidarlo. ¿Por qué te ríes? ¿He hecho algo gracioso?

—Que no es nada, Robin, en serio.

—No me digas que he roncado —dice totalmente abochornada.

—Creí que te habías comido un león.

—¡Joder! —exclama tapándose la cara con las manos— ¡Lo siento, lo siento! Normalmente uso unas tiras para solucionarlo, pero...

—¿Quieres calmarte? Todo el mundo ronca de vez en cuando, es solo que me ha parecido gracioso cómo lo haces tú.

—Ahora no podré volver a mirarte a la casa.

—No seas tonta, anda.

Me acerco a ella para besarla. No tengo intención de volver a acostarme con ella, porque quiero llevarla a desayunar para que podamos hablar. Simplemente me conformo con besarla levemente, apenas rozando sus labios infinidad de veces, atrapando su labio inferior entre los míos para dejarlo escapar después, y me aparto de ella dejando un pequeño beso en su nariz respingona.

— ¿Quieres darte una ducha antes de irnos? —pregunto.

—Mejor me la doy en casa, no tengo ropa para cambiarme y...

—Muy bien, pues me ducho yo y nos vamos.

Salto de la cama y voy al armario para coger mi ropa. Ni siquiera me paro a pensar en ponerme los bóxers, Robin ya me ha visto todo lo que hay que ver.

—Muy bonitas tus bolas, sí señor —dice ella desde la cama.

—Será que no las tienes vistas ya...

—No desde esta perspectiva, desde luego. Reconozco que los tíos en pelotas perdéis mucho glamour...

—¿Para qué quieres el glamour cuando podemos darte placer?

—Es que se ven muy raras entre tus piernas cuando estás en pompa — contesta riendo.

Me vuelvo y las balanceo un poco, arrancándole una carcajada, y tras

un guiño me voy al cuarto de baño. Cuando tengo todo el pelo lleno de espuma, sin posibilidad de abrir los ojos, siento sus pechos pegados a mi espalda, y sus manos se pasean abiertas por mi pecho.

—¿Sabes? He pensado que sí quiero una ducha después de todo —ronronea.

—Si esperas un poco te dejo el espacio.

—No quiero que me dejes nada. Estoy muy bien tal y como estoy.

—¿Seguro que lo que quieres es una ducha? —pregunto sin dejar de masajearme la cabeza— ¿O estás buscando que vuelva a follarte?

—Eso es un buen aliciente, la verdad. ¿Qué tienes en mente?

—Lo que tengo en mente nos hará quedarnos sin el desayuno. ¿Qué tienes tú?

—Un polvo rápido e intenso bajo el chorro del agua caliente.

Trago saliva al instante. Sus palabras dichas con la voz ronca por el deseo me están poniendo a mil por hora, y si no me enjuago la puta cabeza de una vez voy a terminar pagando el haberla atado anoche.

—¿Es que no tienes hambre? —pregunto aparentando una calma que no siento.

—Siempre puedo desayunar cuando me dejes en casa.

—Pero yo tendré que conformarme con un triste café en mitad de la clase.

—Todo es cuestión de barajar tus opciones... y ver cuál de ellas te convence más.

—Tengo que enjuagarme primero...

—Te aseguro que no va a hacerte ninguna falta. Además, así comprobarás lo que es follar sin poder ver nada.

Su mano me agarra el miembro con fuerza en ese momento, y tengo que apoyarme en la pared para no terminar de rodillas. Abro un poco las

piernas para mantener el equilibrio, y Robin me masturba desde su posición, presionándome con los pechos, estrujándome con sus dedos, lamiendo mi cuello. El agua caliente cae sobre mi cabeza y me llena de espuma la cara, y lucho entre tragármela o morir ahogado. Robin no me da tregua, mueve su mano arriba y abajo por mi verga con ímpetu, y el placer crece por momentos. De repente la siento moverse, ya no tengo sus tetas apoyadas en la espalda, ni siento su presencia tras de mí. La espuma me impide abrir los ojos, y la incertidumbre hace que escuche retumbar en mis oídos los fuertes latidos de mi corazón, que va a mil por hora.

—¡Joder, nena! ¡Qué bien lo haces!

Entonces siento su boca engullirme, succionarme, lamirme, morderme, y todo mi ser se convulsiona recorrido por el placer. Mi polla corcovea entre sus labios, mis manos buscan su cabeza, mis dedos se enredan en su pelo para marcarle el ritmo a seguir, aunque ella sabe perfectamente cómo hacer lo que está haciendo. Siento su lengua jugar con mi glande cada vez que sus labios me tragan, la siento hurgar en la punta para conseguir su perla de semen, y gime cuando consigue que algunas gotas caigan en su lengua. Siento cómo se relame, aunque no la vea sé que lo ha hecho, y sus manos se cuelan entre mis piernas para agarrar mis huevos en un puño. No puedo evitar tensarme esperando el dolor, pero en vez de eso siento que mueve mis bolas, las sopesa, las tantea, y consigue que casi me corra de gusto. Casi.

Al momento siento su culo rozarme, su mano se cuelan entre sus piernas y agarra mi polla para guiarla a su abertura, y escucho su gemido cuando me empalo en ella hasta el fondo. Me agarro fuerte a sus caderas para embestirla, el sonido de nuestros cuerpos mojados entrechocando llena el ambiente, y siento sus dedos rozarme los huevos cada vez que ella se acaricia el clítoris, buscando el orgasmo. Mis envites son cada vez más fuertes, más rápidos, más secos. Cuanto mayor es el placer, más desesperadamente me muevo dentro y

fuera de ella. Necesito correrme, necesito que su mano me apriete las pelotas para hacerlo, pero ella está muy ocupada buscando su propio orgasmo.

Mis nudillos se han puesto blancos por la fuerza con la que me agarro a sus caderas, quizás termine con un par de moretones después de nuestro tórrido encuentro, pero no puedo evitar hacerlo por más que quiera. El placer serpentea por mi vientre, sube por mi estómago, se enreda en mi columna, y cuando siento a Robin convulsionarse a mi alrededor, termino corriéndome sobre las losas de la ducha.

Cuando consigo deshacerme de la espuma, veo a Robin sentada en el plato de ducha, respirando por la boca, con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado.

Ella asiente con una sonrisa y estira la mano para que la ayude a levantarse. Tiro de ella y la pego a mi cuerpo, la beso a conciencia, saboreándome en su lengua, y la vuelvo de espaldas para echarme un poco de jabón en la mano y masajear su cabeza. Ella ronronea como una gatita, y se queda hecha un flan mientras me dedico a lavarle el pelo. Cuando termino mi tarea, la envuelvo en una toalla y le doy un suave azote en el culo para que salga de la ducha y poder secarme. Cuando vuelvo a la habitación, ella ya está vestida, y se está atando las deportivas. Miro el reloj, y me doy cuenta de que solo queda media hora para que empiece mi clase, así que solo tendré tiempo de llevarla a casa.

Conduzco en silencio, porque en cuanto enciendo la calefacción del coche ella se acurruca en el asiento y se queda adormilada, y cuando aparco frente a su casa rozo levemente su brazo para que abra los ojos.

—Ya hemos llegado, nena.

Ella sonrío con los ojos velados por el sueño, se acerca y me besa antes de desabrocharse el cinturón y abrir la puerta del coche, pero se detiene en seco para volverse a mirarme una vez más.

—¿Nos veremos otro día? —pregunta.

Por supuesto, me gustaría gritar, pero en vez de eso la miro con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que eso ocurra? —contraataco.

—¿Tú qué crees?

—No sé, dímelo tú.

—Eres malo... muy malo.

—Dijo la mujer que me ha cogido a traición en la ducha...

—Sí, quiero que nos volvamos a ver.

—Entonces llámame.

—¿Y por qué no me llamas tú?

—¿Por qué siempre tiene que hacerlo todo el tío? —protesto.

—Muy bien... te llamaré.

Dicho esto, se baja del coche y la observo andar hasta su portal. Tres, dos, uno... vuelve la cabeza para mirarme una última vez, me saluda con la mano al verme sonreír, y cierra la puerta a su espalda.

Pongo el coche en dirección a la universidad, porque ya voy algo tarde, y paro en la cafetería del campus para comprar un café para llevar. Necesito cafeína para dar la clase de hoy, porque con lo poco que he dormido soy capaz de hablar de culos y tetas en vez de hacerlo de átomos y moléculas. En cuanto suelto mi maletín sobre la mesa, la decana aparece por la puerta y se sienta en mi mesa con cara de pocos amigos.

—¿Qué? —pregunto dando un sorbo a mi café.

—Tenemos que hablar.

—Pues habla.

Me siento en mi silla y enciendo el ordenador sin prestarle demasiada atención a mi jefa, pero sus palabras me sacan de mis casillas... una vez más.

—El debate del otro día tuvo mucho éxito. La retransmisión en la

página web de la universidad tiene millones de visitas —comenta como si nada.

—Enhorabuena.

—Tanto es así que una cadena local quiere que volvamos a hacerlo para retransmitirlo en directo.

—Ni lo sueñes.

—¡Eros! ¡Sería muy beneficioso para la universidad!

—¿Me puedes explicar qué falta le hace a la Universidad de Oxford tener más difusión en la televisión? ¡Somos una de las universidades más solicitadas cada año!

—Sería un ingreso extra que nos permitiría reformar tu preciado laboratorio.

¡Oh, pero qué rata inmunda está hecha! ¡Cómo sabe pincharme donde más duele! Pero esta vez no pienso caer, ya me la ha jugado dos veces con este mismo tema y no voy a caer en su trampa de nuevo.

—Ni hablar, Juls. Ya es la tercera vez que me prometes reformas para el laboratorio, y las dos anteriores se quedaron en saco roto.

—Te lo prometo, Eros, esta vez invertiré el dinero en el laboratorio de química.

—Cuando me lo traigas por escrito —digo ordenando las notas para mi clase— me lo pensaré.

Dicho esto, salgo de la habitación dejándola sola con sus pensamientos. Tengo cosas más importantes en las que pensar que en una estúpida reforma de la universidad. Eros uno, decana cero.

## Capítulo 8

Llevo cinco días sin saber nada de Robin. No es que me importe demasiado, pero ella quedó en llamarme y no voy a ser yo quien vaya detrás de una mujer a estas alturas de la vida. Me jode que haya desaparecido así del mapa, pero si no quiere volver a verme es su problema. Yo estoy perfectamente como estoy, de vuelta a mi tranquila vida de profesor.

A quién quiero engañar... Joder, la echo de menos. Es una mujer divertida, y la verdad es que me habría gustado pasar más tiempo con ella, pero tengo que conformarme con lo que conseguí, no hay que darle más vueltas.

La decana entra en mi despacho con un papel en la mano que me hace gemir. Es la declaración jurada de que el dinero que recaude con la emisión en televisión del debate de San Valentín será destinado a mi departamento, así que no me puedo negar más aunque quiera.

—Muy bien, de acuerdo —digo—. Pero tendrás que ser tú quien convenza a la doctora Baker de participar en un nuevo debate.

La miro triunfal, cruzándome de brazos. Así mataré dos pájaros de un tiro, Juls hablará con Robin, yo volveré a verla y no quedaré de calzonazos.

—¿Pero no es tu amiga? —pregunta.

—Conocida, no te confundas.

—Es igual. Llámala y pregúntaselo. Ahora te paso su teléfono.

—Yo tengo su teléfono, pero no pienso hacerlo. Quien algo quiere algo le cuesta, decana.

—Eros, ¿quieres conservar tu preciado puesto de trabajo? Pues llama a

la doctora Baker y pregúntale si estaría dispuesta a repetir el maldito debate.

Mi jefa sale de mi despacho dando un portazo, y maldigo en silencio por mi mala suerte. Si no tenía bastante con tener que repetir el jodido debate, ahora tengo que hacerlo con una mujer que, por lo que parece, no quiere volver a verme. Marco su número en el teléfono de la universidad, pero no lo coge. Vuelvo a hacerlo con el mío propio, por si es como yo, que no coge llamadas de números desconocidos, pero tampoco obtengo respuesta. Quizás está ocupada, así que tomo mis apuntes de la mesa y dejo el teléfono en mi cazadora con la intención de llamarla más tarde.

La clase está hoy a reventar. Parece que la historia de la materia ha atraído a muchos curiosos después del jodido debate, pero por mí no hay problema siempre que permanezcan sin molestar a mis alumnos. La mayor parte de mi público nuevo son chicas que no dejan de suspirar a cada palabra que digo, cosa que me pone de mala leche, pero no tengo más cojones que callarme.

Tras dos horas ininterrumpidas de clase, vuelvo a mi despacho, y saco el móvil para ver si Robin me ha devuelto la llamada, pero ni siquiera se ha conectado hoy al whatsapp. Cada vez queda más claro que no quiere saber nada de mí, pero tengo que intentar contactar con ella, porque de ello depende mi puesto en la universidad... y mi nuevo laboratorio. Reconozco que me interesa que hagan reformas, el material está obsoleto y hay muchas cosas que deberían cambiarse de inmediato, así que cuando terminan mis clases por la noche, me acerco a su casa.

Creo recordar que me dijo que vivía en el ático... pero llevo más de media hora llamando y no contesta nadie. ¿Dónde demonios estará? Cuando estoy a punto de entrar en mi coche la veo aparecer por la esquina de la calle cogida del brazo de un hombre alto con pinta de militar. Así que por eso no quería hablarme de ella... Me acerco lentamente para que le dé tiempo a

verme. Por mucho que me guste, no soy tan cabrón como para joderle el matrimonio, así que voy a hablarle del debate y después me iré por donde he venido.

Me sorprende que ella me mire con ilusión. Esperaba un gesto de temor, o desesperación por verse descubierta, ¿pero alegría? Ni de lejos.

—Buenas noches, doctora Baker. Siento haberme presentado así en su casa, pero la decana no ha dejado de insistir en que viniese a verla para tratar un asunto de suma importancia.

—¿Cómo?

Su cara de estupefacción es todo un poema, pero sigo con mi plan hasta el final.

—Verá, una cadena local se ha ofrecido a retransmitir el debate que ambos lideramos el otro día, y la decana cree que sería muy buena publicidad para la universidad.

—Eros yo no...

—Nos preguntábamos si sería tan amable de acceder a repetir el debate y...

—¿Quieres callarte de una vez?

Su arranque de ira me silencia en el acto. Me quedo mirándola fijamente, y puedo ver a pesar de la poca luz cómo sus pechos suben y bajan debido a su respiración agitada.

—Andrew, ¿me das un minuto? —pregunta a su acompañante.

Robin tira de mí hasta un lugar apartado, y me enfrenta con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber a qué demonios ha venido eso? —me espeta.

—No sé a qué te refieres.

—Llevamos una semana sin vernos, y en vez de... no sé... ¿darme un beso, quizá? Te pones a darme un sermón sobre la universidad y no sé qué

programa.

—¿Delante de tu novio quieres que te bese? —pregunto sorprendido.

—¡Mi novio!

Si no fuese imposible, creería que Robin está a punto de echar humo por la nariz como los toros de los dibujos animados. Está enfadada... furiosa más bien, y que me maten si sé por qué.

—¡Es mi hermano, gilipollas! —protesta por fin— Andrew es mi hermano.

Me quedo mudo en el acto. De todas las cagadas monumentales de la historia, esta se lleva la palma. Miro al suelo avergonzado, esperando que me mande a la mierda por haberla creído capaz de ser infiel a su pareja.

—Mi hermano trabaja en las fuerzas especiales del ejército —dice sin embargo— y solo tenía esta semana para pasarla con él antes de que le destinen seis meses a otro lugar secreto, por eso no te he llamado. No estaba con mi novio, ni con mi marido, ni con mi amante, porque no los tengo, aunque eso no sea de tu incumbencia.

Si ahora mismo se abriese un agujero en la tierra y me tragase, estaría feliz, pero eso no va a pasar, así que me resigno al chaparrón.

—No tienes que darme explicaciones —me defiendo—, es tu vida y puedes hacer lo que te dé la gana.

—Me ha jodido mucho que me creas capaz de serle infiel a mi pareja —reconoce.

—¿Y qué quieres que piense si no me llamas en una semana y cuando te encuentro vas del brazo de otro tío?

—¿Es que es muy complicado preguntar?

—Lo siento, ¿vale? No debí pensar lo peor de ti.

—Reconoce de una vez que te gusto, Eros. Por eso has pensado lo peor de mí, porque te ha jodido verme con otro.

Levanto la vista para comprobar que me mira con ternura, y sonrío avergonzado ante la pillada monumental que acaba de hacerme.

—¡Vale, me gustas! —reconozco— Y me ha jodido que no me llamas.

—¿Y por qué no lo has hecho tú?

—No quería parecer desesperado.

—Mira que sois gilipollas algunas veces...

—Te he llamado hoy y no me lo has cogido —me defiendo.

—He estado con Andrew todo el día fuera y me dejé el teléfono en casa, te habría contestado cuando lo hubiese visto.

—Quería preguntarte si te importaría repetir el debate para retransmitirlo por televisión. Sería bueno para la universidad, y...

—No es eso lo que querías decirme —me sorprende diciendo.

—Claro que sí.

—¿Y por qué te has molestado en venir hasta aquí? Podrías habérmelo dicho en un whatsapp.

Tiene razón, por más que pretenda disimularlo, tiene toda la razón, y no voy a conseguir nada con negarlo.

—Te echaba de menos, ¿vale? Me gustas, y no sé si es resultado de un jodido sentimiento o de una reacción química de mi cuerpo, pero quiero ver hacia dónde nos puede llevar vernos de vez en cuando.

—¿Es que quieres que salga contigo?

—Quiero que nos veamos de vez en cuando para algo más que para echar un polvo, que vayamos a cenar y tengamos una conversación, o que vayamos a un partido de beisbol y no nos escabullamos para follar debajo de las gradas. Quiero que veamos hasta dónde nos puede llevar todo esto, y si al final decidimos salir juntos, pues estupendo.

—Empecemos por una primera cita, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto, doctora Baker.

—Al final conseguí seducir a Eros, ¿eh?

—Totalmente, bruja —contesto atrayéndola para besarla—.

Totalmente.

Tal vez esto sea el principio de algo más intenso, o con el tiempo solo se quede en un mero flirteo, pero lo que sí es seguro, es que si no lo intentas, nunca sabrás si el amor es un fuerte sentimiento o una simple reacción química de tu cuerpo.